

ZOCOS, 20
CRACOVIA

La editorial agradece a Fernando Rodríguez Castillo la cesión de las fotografías utilizadas en esta edición. Así mismo, a la Embajada de Polonia en España por su apoyo.

© Del prólogo, Marzenna Adamczyk

© De los textos, Elzbieta Bortkiewicz

© De las fotografías, Elzbieta Bortkiewicz

© Confluencias, 2020

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-121003-4-1

Depósito legal: AL 45-2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ELZBIETA
BORTKIEWICZ

CRACOVIA

Prólogo de
Marzenna Adamczyk

ÍNDICE

Prólogo	11
I. Una declaración de amor	15
II. El parque planty	21
III. La plaza del mercado	23
IV. Escritores y artistas: intelectuales	31
V. Los cabarets	61
VI. La sombra del nazismo	67
VII. Kazimierz	71
VIII. Bronowice	81
IX. Sensaciones cracovianas	91
Epílogo: ¡Por Cracovia!	103

*Quien quiera conocer
el alma de Polonia,
que la busque en Cracovia.*

Wilhelm Feldman

PRÓLOGO

«**E**s la historia de un amor como no hay otro igual». Este fragmento de uno de mis boleros preferidos bien podría ser también el resumen más corto del libro que tiene Usted, estimado Lector, en la mano. Hay algo de misterio en el hecho de que los seres humanos seamos capaces de enamorarnos perdidamente de un lugar, sin esperar ser correspondidos, y que este amor nos dure toda la vida.

Estoy segura de que cada uno de nosotros tiene un rincón secreto, un pueblo o una ciudad, quizá una playa adonde huir del mundanal ruido, cargar pilas o llorar penas. Y Cracovia se presta a desempeñar esta función como ningún otro sitio que yo conozca. A pesar de ser una ciudad bastante grande, sigue conservando el embrujo de sus callejuelas estrechas, iglesias milenarias, parques

románticos o cafeterías modernistas donde, lo quieras o no, te rindes irremediabilmente ante los encantos de la riquísima repostería de la antigua Galitzia polaca.

La autora del libro que Ud. pronto empezará a leer, lo ha escrito con el corazón, que es la mejor pluma que ha existido jamás porque permite superar todos los límites y barreras del tiempo y del espacio, y al lector le hace percibir algo tan sensual y sutil como son los aromas y los sabores. ¿Recuerda Ud. el homenaje que Proust le hizo a la magdalena? ¿Recuerda la maestría con la cual convirtió un sencillo bollo en un mito literario? Es precisamente lo que se puede conseguir cuando se escribe con el corazón. Y en Cracovia, ciudad bella donde las haya, hay material para muchos mitos, desde la melodía interpretada con trompeta a cada hora desde una de las torres de la iglesia de Santa María, pasando por los puestos de flores en la Plaza Mayor del centro histórico y terminando con los sorprendentes belenes cracovianos, únicos en el mundo.

En la tenue neblina que con frecuencia cae sobre la ciudad en otoño, se percibe una lejana nostalgia de los tiempos del emperador Francisco José, con sus cafeterías vienesas y sus carruajes tirados por unos bonitos caballos engalanados

especialmente para alegrarles el paseo dominical a las damas. Cracovia, antigua capital de Polonia, conserva todavía aquellos aires de una metrópoli europea cuya preciosa universidad es unos cuantos siglos más antigua que la de Varsovia, igual que su Castillo Real, y a los levemente acomplejados varsovianos no nos queda más remedio que asumirlo con la admiración que se merece.

Cracovia es uno de esos maravillosos lugares que hechizan, absorben a sus habitantes o visitantes y los hacen suyos. ¿Cómo lo consiguen? Siendo la combinación perfecta de lo antiguo con lo moderno, del silencio con el bullicio, de lo genuinamente polaco con lo genuinamente judío, de *La dama del armiño* de Leonardo con retratos hechos por artistas callejeros en diez minutos, de la música klezmer con la alta creación de Krzysztof Penderecki.

¿Qué es Cracovia? Una ciudad para visitar y para volver siempre que el corazón te lo pida o para quedarse a vivir como hacen muchos extranjeros que ya son más cracovianos que los nacidos en la ciudad. Si Usted piensa ir a Cracovia por primera vez, no dude en hacerlo de la mano de Elżbieta Bortkiewicz cuyo amor incurable a ese mágico lugar se le pegará irremediablemente de por vida. Pero no se preocupe, será una de esas dolencias

Prólogo

benditas que hacen que nuestra existencia sea más completa e infinitamente más alegre.

Gracias, Elżbieta, por contribuir de manera tan bonita a la propagación de la epidemia cracoviana, y, por favor, que nadie le busque vacuna porque no existe ni falta que nos hace.

MARZENNA ADAMCZYK

Embajadora de Polonia y cien por cien varsoviana

I

UNA DECLARACIÓN DE AMOR

KRAKÓW/CRACOVIA es la debilidad de mucha gente. También la mía. Nacida, criada y educada en Varsovia, la capital de Polonia, cuando llego a Cracovia siento algo especial: me transformo, demasiado débil para no sucumbir a los encantos de esta bella ciudad, como si de un Don Juan o un Casanova se tratase. Este estado de enamoramiento perpetuo dura ya muchas décadas, desde aquella primera vez en la infancia cuando visité la ciudad en excursión escolar a la tierna edad de 10 o 12 años. Aunque nunca me han gustado ni los campamentos, ni los exploradores, ni las acampadas, ni las excursiones en tropa, recuerdo perfectamente la sensación que experimenté aquella vez, al encontrarme ante algo tan maravilloso, grande y verdadero. Inmersa en aquella vida, profunda y gris del sistema que

entonces llamaban socialista, Cracovia me pareció maravillosa y mundana. Una verdadera ciudad, con solera, tan diferente a mi Varsovia, tan nueva, no reconstruida sino construida de nuevo según los cánones ajenos a la tradición y sin respetar el trazo de las calles formado a lo largo de los siglos. Lo que más les suele gustar a los niños es el dragón que lanza llamaradas por su boca a los pies de la colina de Wawel. Yo recordaba las viejas casas y el parque Planty.

Luego hubo otras visitas, ya en la edad adulta. Recuerdo una vez, en Semana Santa, a principios de los años 80. Hacía bastante frío y todo, absolutamente todo estaba cerrado, salvo un viejo cine escondido en una de las callejuelas, en el que daban una sola película: Abba. No valía nada, y sin embargo, me acuerdo de ella perfectamente, de aquellos momentos vividos en Cracovia aún sumida en el letargo del ocaso del socialismo a la soviética.

Al día siguiente, el Sábado de Pascua, la ciudad de pronto se tornó viva y multicolor: se llenó de curas y de gente portando pequeñas cestas de mimbre adornadas con servilletas de encaje, guardando en su interior huevos pintados, trozos de embutido, pan, sal y pimienta. Delante de las iglesias se había colocado largos bancos en los

que se dejaban las cestitas; a continuación, venían los curas y las santificaban con agua bendita. Es la costumbre polaca: bendecir los alimentos que se van a compartir en el desayuno en familia a la mañana siguiente, el Domingo de Pascua.

Recuerdo también otra visita a Cracovia, justo antes de las primeras elecciones libres en la Polonia post—soviética. La agitación política era patente, y los carteles y candidatos se multiplicaban por días. Delante de la Basílica de Santa María, una imagen propia de Fellini: un cura flanqueado por dos imponentes damas de mediana edad, vestidas de domingo, con sombreros de una época imprecisa, ocupaban una mesa al aire libre. Los tres, muy serios, se manifestaban a favor de un partido ultra—católico, intentando atraer a sus filas a los feligreses que entraban y salían del templo, y a los transeúntes, o al menos, mostrar con su presencia, delante de la basílica, lo importantes que eran.

Es fácil, de hecho, ver sacerdotes, monjas o seminaristas en la vieja Cracovia. Diría que se inscriben en la imagen de la ciudad, alejada de los cánones de moda, atemporal y muy suya. Recientemente, vi en la calle un grupo de niñas y niños de algún colegio privado, con uniformes que parecían sacados de las novelas de Lucy Maud Montgomery: faldas a media pierna, camisas blan-

cas, corbatas, unos curiosos sombreritos de ala redonda, con lacito y echados hacia atrás. Durante uno o dos segundos pensé, ¿dónde estoy?, ¿es un sueño? Saqué mi móvil con la intención de hacer un par de fotos. Inmediatamente me abordó la mujer que acompañaba a las pequeñas exigiendo que guardara el teléfono. Obedecí: ahora me arrepiento porque sigo dudando si era verdad o solo lo había soñado...

Cosas curiosas ocurrían cada vez que me encontraba en Cracovia, es cierto. Y yo digo y repito una y otra vez: estoy enamorada perdidamente de Cracovia. ¿Por qué? Las cosas del querer son extremadamente difíciles de explicar con claridad y contundencia. ¿Qué tiene la antigua capital de Polonia, qué conjuros musita Cracovia, qué polvos mágicos siembra, que la convierten en diosa y la vuelven irresistible? ¿Su belleza, su historia, su autenticidad, su gente? ¿Dónde está la respuesta?

Una vez más llego a Cracovia, esta vez desde Varsovia, un día de primavera, un 1 de mayo, soleado, aunque acostumbrada al brillo contundente y decidido del sol en España, reparo en que el de Cracovia ilumina de otra manera. El azul del cielo es más claro, celeste; las nubes parecen de algodón de azúcar; la luz solar regala a las viejas casas de la ciudad un toque de alegría, y brinda

Cracovia

nueva energía a la gente en la calle; a numerosos turistas que eligieron Cracovia como el objetivo turístico de este puente de mayo, y, por supuesto, a muchos cracovianos que salieron de sus casas a exponerse al calor del astro luminoso. «Gracias Cracovia, por esta alegre bienvenida» .